

## Cine y baile

Mi querido nieto: Ya veo que quieres ponerme en un aprieto con esa pregunta que me haces, tan en boga y cascabelera hoy en día: «¿Qué pienso de los bailes en relación a los futuros esposos?» Te contestaré llana y sencillamente, aún con riesgo de que me llames anacrónico, anticuado... y varias cosas más justificadas sobradamente por la blancura de mi barba y la inexperta locuacidad de tus cortos abriles.

El baile, mi querido nieto, ha querido ser siempre la expresión de los sentimientos y su origen se remonta al comienzo de la humanidad. De manera que no dudo en afirmarte que el baile intrínsecamente no es malo. Pero añado a renglón seguido: ¿De qué serán expresión los bailes de hoy en día? ¿De nuestro gusto por la melodía y el ritmo? ¿De delicada galantería amorosa? Eso lo fué en aquellos tiempos dichosos en que tu abuelito, ni era abuelito, ni llevaba barbas. Entonces sabíamos inclinarnos ante una dama y asir galantemente su blanca mano para seguir el compás de una música armoniosa. Hoy bien sabes tú que no sucede lo mismo en las salas de baile y la delicada expresión amorosa de nuestros rigodones de antaño, se ha trocado en una feroz manifestación de pasionales instintos. Para comprender la moralidad de los bailes de hoy sólo debes fijarte en la manera como se baila. En mis mocedades se hubiera expulsado, con un gesto de indignación en todos los semblantes al que hubiese bailado como corrientemente se hace hoy en día. Pero por lo visto la moral también se moderniza, según algunos. Me temo, no obstante, que Dios no participa de este criterio...

Y para no alargar excesivamente estas líneas, contesto brevemente a la segunda parte de tu pregunta: ¿Qué pienso del baile en relación con tu futura esposa? Y te digo: Tu esposa, la madre de tus hijos, debe ser como un diamante de infinita y hermosísimas facetas. No busques esa joya o si mejor quieres, esa flor, en un lodazal: no la busques, por tanto en la salas de baile en las que se respira un tufo pestilento a carne humana, podrida. Allí se tronchan inocencias, se pierden almas, se marchitan pudores y los mejores dones de tu futura esposa son esos precisamente: ¡el pudor, la inocencia, el alma inmaculada! ¿A qué vas a buscarlos dónde no existen?

El cine... Dejando aparte estas clasificaciones de azules y granas, de las que tan poco caso se hace y esa oscuridad que ampara solapadamente tantas desverguenzas, te diré solamente que es lo que aprende la mujer cineasta, en esa escuela de lienzo blanco.

La fantasía se desborda. La vida aparece ligera y cómoda. Allí se ama fácilmente y más prontamente se deja de amar. La mujer se hace inconsciente. Y al romper la barquichuela de la vida esa superficie de lago irreal, se rebela y busca, como en el cine, ese azul quimérico que ha trenzado su fantasía. Así vemos hoy la joven, insatisfecha, que galantea a dos o tres muchachos. Aquella que deja a su novio porque no besa apasionadamente, a lo Taylor; ¡qué soso! dice a sus amigas. Tantas que ven una carga en el bendito don de los hijos, y huyen de ser madres renegando de su fuerza creadora y de las más hermosas caricias. Ese masculinizarse tan asqueroso y fatal. Esa asimilación errónea del amor... Y todo, aprendido en esas películas que llaman rosa, de amores ingenuos y casi siempre las más fatales por penetrar más fácilmente en la imaginación de ellas y pulsar su sensibilidad con más fuerza.

Una mujer de cine o baile, lleva excesiva carga de ilusiones y fantasías. Y teje sus novelas en la misma iglesia cuando parece rezar de rodillas. La vida le será dura y engorrosa. Y el matrimonio le será carga y encierro, porque no es como ella soñaba.

Tienes contestada tu pregunta, según mi modo de ver. Extraño que en tu carta no me hables de ella. En fin... Dispón siempre de

Tu Abuelito

### Próximo número de LUZ Y GUIA

Tendrá carácter de extraordinario, con motivo de la Fiesta Mayor, teniendo ya en cartera colaboraciones tan valiosas como las del gran poeta José M.<sup>a</sup> Pemán, Pérez de Olaguer, Melendres, etc. etc. En él estarán representados todo el comercio y la industria cassanense. Será la mejor propaganda de nuestra villa y el obsequio más agradable a sus amigos forasteros.

¡No deje de adquirirlo!

Pues sí, señores, estaba un humilde servidor de todos Vdes. más que apabullado, atrapado, mohino y cabizbajo porque nuestro Exmo. Sr. Director habíame ya interesado dos veces por telegrama urgente el rápido envío de mis «casos» o en su defecto de mis «cosas»... y la verdad era que por más que estrujase mi imaginación no encontraba ni tan siquiera una medianeja idea a la que agarrarme cual tabla de salvación para llenar mi media cuartilla mensual... cuando he aquí que, como llovido del cielo, llega a mis manos el número de un madriñelísimo y popular semanario (y conste que no se trata de «La Codorniz»).

Con gesto cansino y de autómatas procedo a ojearlo cuando ¡oh fatalidad! he aquí que mis ojos recobran instantáneamente su vivacidad característica, al leer un pomposo título: «Pensamientos profundos». Esto de profundos me sonaba a algo así como simas, pozos etc. etc. y a mi, que como a Tu Abuelito, siempre me ha gustado inclinarme para ver los abismos aunque no se turben mis ojos a pesar de que sean hondos y negros (por lo visto soy de raza valiente), me enfraqué seguidamente en su lectura... Pero, amados lectores, aquello no era profundo, ni eran tampoco pensamientos... y caso de que lo fueran, sería tal vez que a causa de lo profundos... se veían negros.

Vosotros mismos podréis juzgar...

*Un pensamiento.-¿Cómo serán las risas sarcásticas, sardónicas, mefistofélicas y y cavernosas?* Pues sencillamente. Todas son iguales. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! No es tan difícil

*Otro pensamiento.-Los hombres de juicio son precisamente los que más expuestos están a perderlo.* Pero por Dios ¡qué perogrullada! ¡Naturalmente que si un hombre no tiene juicio, difícilmente lo podrá perder!

*Otro pensamiento.-La vanidad es la presunción de los necios. El orgullo nada tiene que ver con ella.*

...Con ella, puede que no...pero con ellos ¡Atiza!

*Otro pensamiento.-Prueba la imbecilidad de las modas, la necesidad de renovarlas cada medio año.*

Pero señores míos, si no se renovasen ya no serían «noves»...sinó «viejas».

*El pensamiento más profundo de todos.. Aquel que sabe manejar el plumero, no tiene derecho a llamarse «hombre de pluma».*

Con este pensamiento creo estaremos todos conformes...pero con una ligera corrección: Aquel que enseña el «plumero» no tiene derecho a llamarse «hombre de pluma».